

LA IMAGEN DEL BÁRBARO EN APIANO. LA ADAPTABILIDAD DE UN MODELO RETÓRICO*

F. Javier Gómez Espelosín
Universidad de Alcalá de Henares

La imagen del bárbaro que ofrece Apiano en su *Historia Romana* deriva en gran parte de toda la tradición grecorromana al respecto, de la que sin duda constituye un eslabón más. Sin embargo se ha servido del modelo creado para dar salida a sus objetivos literarios y ha canalizado a través de él ciertas emociones personales ante el fenómeno de la conquista romana.

The picture of the barbarian in Apian is basically the same as appear in the graeco-Roman ethnographic tradition. However, the historian has also channelled through it certain emotions before the Roman conquest and has adapted the model to his literary aims.

El interés real de los griegos por el llamado mundo bárbaro da la impresión que por lo general no fue más allá del gusto por la anécdota o la curiosidad por ciertos aspectos exóticos que se contaban sobre las tierras lejanas que habitaban estas gentes. Las limitaciones y dificultades del viaje no propiciaban la comunicación, y la relativa estrechez de una mentalidad excesivamente centrada sobre sí

* Este artículo surgió a raíz de un Short Paper presentado en el Coloquio «Lies and Fiction in the Ancient World» celebrado en la Universidad de Exeter en el mes de Abril de 1991. Agradezco algunas de las sugerencias que se me hicieron por parte de los profesores T. P. Wiseman y E. L. Bowie que he tratado de recoger en esta reelaboración, sin embargo los errores que continúan existiendo son, obvio es decirlo, completa responsabilidad mía.

misma tampoco favorecía ciertamente los deseos de conocimiento ni facilitaba la comprensión de culturas diferentes. Las noticias que llegaban al mundo griego sobre estos pueblos procedían habitualmente de mercaderes, mercenarios o aventureros de todas clases, que sin duda alteraban sus informaciones con exageraciones notables tendentes a enaltecer sus éxitos o a justificar su fracaso. Por otro lado, dado lo excepcional de esta circunstancia y la consiguiente imposibilidad práctica de confrontar sus afirmaciones sobre el terreno, apenas existía manera de controlar la veracidad puntual de los relatos que traían consigo quienes se aventuraban hacia otras tierras. Esto les permitía adornar sus historias con ingredientes de todas clases, de tal modo que incurrieran en deformaciones manifiestas y a veces aberrantes, buscando siempre suscitar el interés y la atención de un auditorio que siempre se hallaba presto a escuchar con agrado ese tipo de relatos extraordinarios. Esta predisposición favorable se explica bien si tenemos en cuenta circunstancias corrientes como la limitación de horizontes y la monotonía de la vida rutinaria en que se movía la mayor parte de la población.

Tampoco las imágenes que se configuraban del mundo bárbaro partían de cero. Era inevitable que en todas ellas se detectara la presencia de prejuicios e ideas preconcebidas, procedentes por lo general de la aplicación indiscriminada de los esquemas del pensamiento griego y sus parámetros culturales a una realidad ajena al mismo. La figura del bárbaro se convirtió por tanto en un prototipo ideal, forjado artificialmente a base de informaciones vagas e imprecisas, y deformado en su contenido por unos presupuestos ideológicos que no le convenían. Este estereotipo ideal que apenas contaba con el soporte de noticias reales y fidedignas no servía desde luego para la Historia, tal y como nosotros la entendemos, pero sí para la Literatura. Los escritores griegos se dieron cuenta enseguida que tenían a su disposición un tópico literario muy rentable que podía contribuir tanto a realzar las necesidades dramáticas de un relato como a concretar su finalidad educativa. Este prototipo cultural del bárbaro apenas fue variando a lo largo de los tiempos y se fue repitiendo con ligeras variaciones desde la épica homérica y los relatos de Herodoto hasta los escritores de los siglos tardíos. Los avances precisos realizados en el conocimiento puntual de estas gentes, según avanzaban la exploración y la conquista del mundo conocido, apenas modificaron o influyeron de forma decisiva y esta imagen se fue ampliando más por necesidades de carácter retórico de los nuevos géneros literarios que por un imperativo real de tipo histórico¹.

¹ En general sobre la visión del bárbaro, pueden verse, además del volumen colectivo *Grecs et Barbares*, Entretiens de la Fondation Hardt (Ginebra 1961) los siguientes, T.J. Haarhoff, *The Stranger at the Gate* (Oxford 1948); K. Trüdinger, *Studien zur Geschichte der griechisch-römischen Ethnographie* (Basilea 1918); K. Schefold, *Die Griechen und Ihre Nachbarn* (Berlín 1967); I. Weiter, «Greek and Non-Greek World in the Archaic period», *GRBS* 9 (1968) 21-29; K. E. Müller, *Geschichte der antiken Ethnographie und ethnologischen Theoriebildung*, 2 vols. (Wiesbaden 1972-1980); D. Timpe, «Ethnologische Begriffsbildung in der Antike» en H. Beck (ed.), *Germanenprobleme in heutiger Sicht. (I Ergänzungsband zum Realexicon d. germanen Altertumskunde)* (Berlín-Nueva York 1986) 22-40; W. Nippel, *Griechen, Barbaren und «Wilde»* (Frankfurt am Main 1990); y para el mundo romano la

Las características que definían el modelo así creado eran a veces contradictorias y desde luego casi nunca tenían en cuenta las diferencias efectivas de tipo geográfico, étnico o político-social que existían realmente entre unos pueblos y otros. Se trataba a la postre de explotar al máximo un topos retórico que podía cumplir importantes funciones dentro del discurso político-moral de la civilización clásica. Sin duda una de estas misiones era la de servir de elemento de contraste al modelo ideal opuesto, en principio no menos artificial, del hombre civilizado, el πολίτης helénico y el *cives* romano. Las costumbres del bárbaro chocaban de forma frontal con las de la comunidad civilizada, que constituía el marco de referencia, y por tanto resaltaban de forma plástica, mediante la técnica del contraste y la inversión, las virtudes y defectos tanto individuales como colectivos de la sociedad grecorromana². La figura del bárbaro, como habitante de países lejanos y exóticos, contribuía también a alimentar el ansia de curiosidades del público en general sobre estas tierras y servía a la vez como tema de evasión para unas clases ilustradas, afincadas preferentemente en el medio urbano, que escuchaban con deleite los modos de vida variopintos y extraños de unas gentes salvajes y agrestes.

Desde el punto de vista literario la figura del bárbaro ofrecía también grandes posibilidades, pues permitía la incorporación de un personaje neutro capaz de adoptar las características que fuesen necesarias de acuerdo con el contexto preciso de cada ocasión. Podía desde adoptar el simple papel de antagonista del héroe en cuestión hasta objetivar como personaje algunos comportamientos extremos desde el salvajismo más detestable hasta representar una sabiduría ancestral procedente de una tradición milenaria. La descripción de estos pueblos asumía así una funcionalidad de carácter didáctico-moral o literario que la mayor parte de las veces poco o nada tenía que ver con la realidad efectiva a la que pretendían corresponder dichas descripciones, si bien es cierto que el grado de credibilidad variaba de unos autores a otros en función de la finalidad expresa de la obra o de la calidad de sus fuentes de información.

La figura del bárbaro en Apiano se ajusta en gran medida a este esquema general. Sin duda Apiano no compartía la curiosidad insaciable de Herodoto por los pueblos y países bárbaros, no tenía tampoco la capacidad crítica de Polibio a la hora de enfrentarse a sus fuentes de información sobre ellos, y carecía igualmente de la profundidad ideológica de Posidonio a la hora de plantearse cuestiones sobre la realidad efectiva de estas gentes. Sin embargo este historiador alejandrino constituye para nosotros un preciado testimonio sobre la historia de estos pueblos al haberse perdido la mayor parte de la literatura de tipo etnográfico-histórico que autores de un mayor ingenio como los citados Polibio y Posidonio consagraron a

obra fundamental de Y. A. Dauge, *Le Barbare. Recherches sur la conception romaine de la barbarie et de la civilisation* (Bruselas 1981).

² Véase en este sentido la utilización que hace Herodoto de su logos escita tal y como lo pone de manifiesto F. Hartog, *Le miroir d'Herodote* (París 1980).

los mismos, especialmente por lo que al occidente de la cuenca mediterránea respecta. Por ello, a pesar de la perspectiva esencialmente romana que Apiano adopta a lo largo de su narración, tal y como él mismo declara de forma expresa al comienzo de la *Iberike* - μόνα τὰ Ῥωμαίων³, nos proporciona algunas observaciones sobre la forma de vida y el carácter de los habitantes de cada una de estas regiones a lo largo del relato secuenciado de la conquista romana de cada una de ellas. Nunca lo hace de manera sistemática y casi siempre en forma de breves alusiones o comentarios incidentales, que o bien considera necesarios para el correcto entendimiento del pasaje, o para su desarrollo literario o mantiene sobre ellos una impresión personal.

El propio Apiano no parece muy interesado en la historia particular de estos pueblos antes de la llegada de los Romanos y deja para «los historiadores de los hechos del pasado» - οἱ παλαιολογοῦντες⁴ el relato más pormenorizado del tema, limitándose a dar una simple opinión - δοκεῖ / δοκοῦσι- al respecto sin mayores pretensiones. Sus indicaciones geográficas son más bien escasas y sólo adquieren alguna entidad cuando se trata de situar el desarrollo de la acción, como sucede en el asedio de una ciudad, o para resaltar las dificultades que los romanos, sus verdaderos protagonistas, deben afrontar en su conquista. Los frecuentes errores a la hora de proporcionar un dato geográfico o al identificar una ciudad se deben posiblemente a su desinterés manifiesto por esta clase de cuestiones más bien que a la utilización de malas fuentes de información o a su propia incapacidad como historiador⁵.

Los pueblos indígenas en general tampoco desempeñan un papel destacado en el relato de Apiano, que a la luz de las ideas expuestas en el Prólogo a su obra, se limita a utilizarlos como simples comparsas del protagonista principal, que no es otro que el ejército romano a lo largo del proceso de conquista con sus respectivos generales al frente. Sin embargo el comportamiento de los bárbaros contribuye a resaltar de forma particular algunas de las virtudes o defectos romanos, reflejando a la manera de un espejo deforme su comportamiento respectivo en un sentido o en otro. En su historia los bárbaros adoptan el papel de comodín que las circunstancias concretas del relato o los propios sentimientos personales de Apiano exigen en cada ocasión. Así cuando destaca en algún pasaje la valentía y arrojo de los indígenas su objetivo principal no es elogiar por sí mismas dichas virtudes sino resaltar por contraste la cobardía y la desidia de los Romanos que en esos momentos se enfrentaban a ellos. De la misma forma cuando insiste reiteradamente en el desorden táctico de algunas acciones bélicas romanas y en sus nefastas consecuencias su misión no es otra que la de destacar, nuevamente por contraste, la superior-

³ App. *Hisp.* 2.

⁴ App. *Hisp.* 2, ταῦτα μὲν δὴ τοῖς παλαιολογοῦσι μεθείσθω.

⁵ Así por ejemplo en *Hisp.* 6 Apiano afirma que el río Ebro divide a la península por el centro; en *Hisp.* 7 sitúa la ciudad de Sagunto al norte del mencionado río y en *Hisp.* 12 y 19 confunde las ciudades de Sagunto y Cartagena.

ridad militar de las legiones cuando éstas actuaban según sus propios esquemas tácticos y censurar en esos casos concretos el relajamiento de la disciplina o el descuido de la formación. Algo parecido ocurre cuando pone de relieve en los bárbaros virtudes como la moderación o la austeridad que, por la táctica de la inversión ya comentada, chocan frontalmente en ese contexto con la codicia y mediocridad de los generales romanos encargados de combatirlos y constituyen la mejor ilustración práctica de la crítica que le merecen tales defectos.

Sin embargo Apiano parece haber utilizado también la figura del bárbaro como cauce expresivo de sus propias actitudes críticas ante el imperio y para manifestar sus sentimientos de repulsa ante algunos aspectos negativos de la dominación romana. Los bárbaros se convertían así en un recurso disimulado mediante el cual Apiano canalizaba los juicios adversos que estos aspectos le merecían e incorporaba también en ellos posiblemente ciertas emociones que un griego, en su caso un alejandrino consciente y orgulloso de la grandeza pasada de su país⁶, no podía dejar de sentir ante el predominio total romano, sin que ello le impidiera por otra parte mostrarse como un encendido admirador de la grandeza del imperio⁷. El sentimiento habitual de distancia se transforma de este modo en algunas ocasiones en consideración por el vencido y trasluce una cierta simpatía por sus aspiraciones. Ciertamente algunos pasajes determinados dejan percibir esta sensación como cuando describe la defensa desesperada que algunos bárbaros hacen de su libertad llegando incluso hasta las últimas consecuencias ante la perspectiva segura de la esclavitud. Así mismo en ocasiones parece demostrar una cierta condescendencia con la situación en que se encuentran algunos de estos pueblos, cuyas circunstancias desfavorables como la falta de tierras cultivables o el excesivo número de habitantes explican su dedicación al bandidaje o al saqueo de los pueblos vecinos. Se detecta también cierto tono nostálgico en sus palabras cuando refiere el destino final que algunas ciudades han sufrido a causa de la intervención romana, como la iliria Métulo, de la que no quedó huella alguna tras ser incendiada por los Romanos «aunque había sido la mayor de aquellos lugares» *-μεγίστης ἐκεῖθι γενομένης*⁸, o la celtibera Numancia, destruida completamente por Escipión Emiliano «a pesar de que se trataba de una ciudad pequeña y de escasos habitantes» *-σμικράν τε καὶ ὀλιγάνθρωπον*⁹. Por último revela también en ocasiones cierto

⁶ Así lo demuestra la mención que hace del potencial bélico de los Tolomeos en el Prólogo, 10, que viene a ocupar casi todo el párrafo. No olvidemos además que como él mismo nos dice al final del Prólogo, desempeñó los primeros puestos en su patria *ἐς τὰ πρῶτα ἡκῶν ἐν τῇ πατρίδι*.

⁷ Sobre la cierta esquizofrenia de los intelectuales griegos de estos momentos, admiradores del pasado glorioso griego a la par que fieles servidores del Imperio, P. Vidal Naquel, «Flavio Arriano entre dos mundos», en *Ensayos de historiografía* (Madrid 1990) 22 y ss. En general sobre la admiración del pasado, E. L. Bowie, «Greeks and their Past in the Second Sophistic» in M.I. Finley (ed.), *Studies in Ancient Society* (London 1974), 166-209. Sobre la actitud similar de Estrabón en este sentido si bien circunscrita sólo a aquellas regiones de ascendencia helénica, F. Lasarre, «Strabon devant l'Empire romain», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 30, 1 (Berlín-New York 1983) 867-896, esp. 889 y ss.

⁸ *Ilyr.* 21.

⁹ *Hisp.* 98.

malestar ante la agresión injustificada de Roma contra pueblos que no habían inferido ofensa alguna, resaltando precisamente dicha circunstancia y encuentra algún consuelo cuando se produce una cierta retribución divina de estas malas acciones. Su relato de la perfidia de Carbón contra los Teutones en la *Keltike* resulta significativa en este sentido. Tras presentarnos las alegaciones justificadas de los indígenas contra Carbón, pasa a relatar su ataque traicionero contra ellos y el resultado desastroso que obtuvo, concluyendo el pasaje con una expresión en la que se recalca de forma clara este aspecto de justicia retributiva, ἔδωκε δίκην ἀπιστίαν¹⁰, que deja traslucir sin duda la satisfacción que el propio Apiano experimenta por este desenlace.

Estas actitudes y opiniones están presentes a lo largo de toda su obra, pero dado el carácter fragmentario de una buena parte de sus «historias bárbaras» es posiblemente en la *Iberike*, quizá el único relato casi completo que ha llegado hasta nosotros de estas partes de su Historia, donde se puede apreciar mejor el funcionamiento concreto de la imagen del bárbaro en Apiano y los condicionantes y limitaciones de dicha utilización. Sin olvidarnos del resto concentraremos por tanto nuestra atención preferente en la parte de su historia que contiene el relato de la conquista romana de la península ibérica desde sus inicios hasta el momento de la pacificación y conquista final por obra de Augusto.

El interés que demuestra Apiano por los iberos es ciertamente relativo y son más bien escasas las digresiones de tipo geográfico o etnográfico que hallamos a lo largo de todo el relato. No concede efectivamente importancia a los excursus de tipo geográfico. Solamente algunas generalizaciones iniciales sitúan al lector de forma vaga, aludiendo al tamaño del país, a la variedad de sus gentes o a la importancia de sus ríos¹¹. En algún caso se trata tan sólo de un simple apunte situacional con relación a puntos de referencia destacados como un gran río - «los Lusones que habitan en torno al Ebro» -, o cumplen una función «táctica» en el curso de la acción bélica en forma de escuetas referencias a la accidentada topografía del país que causaba problemas a las tropas romanas en algunas escaramuzas. Tal es el caso de la mención concreta en determinadas ocasiones de barrancos profundos, torrenteras, bosques o ríos que resaltan las dificultades en el avance de las legiones o justifican algunos descalabros. En ocasiones la descripción del escenario resulta del todo imprescindible para definir la situación dramática del relato como sucede con motivo de un asedio importante. Sin embargo existe tal standarización en este tipo de descripciones que resulta difícil individualizar cada uno de los lugares salvo en rasgos tan genéricos como su posición fortificada en lo alto o los obstáculos naturales que lo rodeaban como ríos, gargantas o colinas escarpadas. Hallamos en efecto ciertas resonancias en las descripciones de ciudades tan apartadas como las ilirias Métulo, Segesta y Promona, o la celtíbera Numancia¹². En

¹⁰ *Gall.* 13.

¹¹ De hecho estas informaciones ocupan sólo el primer párrafo de la obra.

¹² Métulo (*Illyr.* 19); Segesta (*Illyr.* 22); Promona (*Illyr.* 25); Numancia (*Hisp.* 76).

este último caso da la impresión que la descripción geográfica de la ciudad no tiene otra finalidad que destacar la habilidad y el ingenio poliorcético de Escipión Emiliano que supo afrontar con talento las dificultades que presentaba el lugar.

Apiano tampoco se muestra muy interesado en la organización política de estos pueblos o en su estructura social. Alude en repetidas ocasiones al carácter heterogéneo de las diferentes tribus que pueblan el país y reconoce de forma implícita la existencia de reyes y caudillos a la cabeza de las mismas. También de manera incidental refleja la presencia de una elite dirigente cuyos intereses no siempre van a la par con el resto de la población y llegan en ocasiones al enfrentamiento directo. Así en la ciudad celtíbera de Belgeda, Apiano refiere cómo la multitud, que se hallaba dispuesta a la rebelión - ἐς ἀπόστασιν ὄρωμῶν -, prendió fuego al Consejo -βουλή- con sus miembros dentro del edificio, dado que no demostraron su disposición a secundarla¹³. Sin embargo por lo general Apiano solamente incide en aquellos aspectos que presentan un cierto exotismo o encuentran eco en la tradición mitológico-literaria. Este es el caso del valor guerrero de las mujeres bárbaras que se aprestaban al combate junto con los hombres y no evidenciaban en momento alguno signos de debilidad o temor. El heroísmo ejemplar de las mujeres de los Brácaros, un pueblo del norte de la península ibérica, al darse muerte a sí mismas y a sus propios hijos para huir de la esclavitud, encuentra su eco en las ilirias de la ciudad de Métulo que se arrojaban al fuego llevando en brazos a su propios hijos¹⁴. El viejo mito de las Amazonas debía resonar sin duda en la memoria de los lectores que traducían estas noticias del mundo bárbaro dentro de este marco de referencia mítica.

La forma particular de combate de estas gentes también encontraba eco en la tradición y debía despertar numerosas referencias en una literatura que prestaba especial atención a la guerra. Por lo general los bárbaros atacaban de manera desordenada, en medio de un griterío ensordecedor y agitando sus largas cabelleras, con el fin de infundir el miedo en sus enemigos. El contraste con la forma ordenada del combate «civilizado» estaba servido. La clave referencial en estos asuntos militares era siempre la grecorromana y así, cuando era preciso describir el armamento de una formación enemiga, como en el caso de la ciudad vaccea de Cauca, se recurría a la comparación con lo más parecido de los recursos perfectamente identificables del ejército clásico. Sus contingentes son descritos de esta forma como ψιλοῖς εἰλοκότες»¹⁵. La forma de vida de los indígenas tampoco merece

¹³ *Hisp.* 100.

¹⁴ Brácaros (*Hisp.* 72); Métulo (*Illyr.* 21).

¹⁵ *Hisp.* 51. En general sobre la forma de combate bárbara, pueden verse otras referencias en *Gall.* 1, 3, ἦσαν δέ, ὡς ἕοικεν, οὐ φερέπονοι ἐν ταῖς μάχαις, οὐδὲ λογισμῶ ἢ ἐπιστήμη τιπὶ ἀλλὰ θυμῶ χρώμενοι καθάπερ θηρία. *Gall.* 8, οἵτοι εἰσιν οἱ τὴν βοήν βαρέϊαν λέντες ὑμῖν ἐν ταῖς μάχαις καὶ τὰ ὄπλα παταγοῦντες καὶ ξίφη μακρὰ καὶ κόμας αἰωροῦντες. *Hisp.* 54, περιθέοντες ἐβόων καὶ συνετάρασσον. *Hisp.* 67, καὶ τὸν Οὐρίατθον ἐξακισχιλίους ἀνδράσιν ἐπιόντα οἱ μετὰ τε κραυγῆς καὶ θορύβου βαρβαρικοῦ καὶ κόμης μακρᾶς, ἦν ἐν τοῖς πολεμοῖς ἐπισείουσι τοῖς ἔχθροῖς.

una mención especial como no sea para explicar un término específico como el célebre *sagum*, la indumentaria habitual de los celtíberos¹⁶, o alguna referencia de pasada a las difíciles condiciones climáticas y a la deficiente alimentación que las legiones romanas se vieron obligadas a soportar durante su estancia en el país¹⁷. Algunas referencias incluso parecen conectar con viejos tópicos de la literatura utópica como el desprecio por las riquezas de unas comunidades habituadas a una forma de vida mucho más simple. Este parece ser el caso de las ciudades vacceas en las que «aquellos Celtíberos οὐδ' ἐν δόξῃ ταῦτ' τίθενται¹⁸.

Como era de esperar toda la atención se centra en las acciones llevadas a cabo por los sucesivos generales romanos y los indígenas aparecen tan solo en el relato como el trasfondo dramático necesario sobre el que aquellos desarrollan sus actuaciones. Sólo unas pocas figuras individuales emergen con sus nombres del anonimato general que recubre el mundo ibero para adoptar un protagonismo esporádico como la descripción de una hazaña señalada o alguna iniciativa particular de alguno de sus reyezuelos. Sin embargo por lo general el relato de tales acciones suele tener una finalidad bien precisa como es la de resaltar la respuesta romana correspondiente o la de conceder una identidad más concreta a ciertos momentos especiales de la narración que requieren ser recordados o que desempeñan un papel determinado en el curso de la acción¹⁹. Sólo el caso de Viriato, en el que inciden otro tipo de consideraciones ajenas al propio interés por el caudillo indígena, o el papel destacado que se concede a la ciudad de Numancia, como oponente colectivo que será derrotado por uno de los héroes principales de la *Iberike* Escipión Emiliano, vienen a romper esta norma.

La figura de Viriato requiere efectivamente un comentario aparte por el lugar principal que ocupa dentro de la obra. Incluso podría decirse que llega a convertirse en algún momento en el verdadero protagonista de esta parte del relato al tener esta vez enfrente a unos generales romanos corruptos e ineficaces. La idealización del personaje parece evidente. Muchos de los rasgos con que se describe su persona enlazan la figura de Viriato con el elenco heroico griego, quizá tamizado con las reflexiones de la filosofía helenística, y desde luego están mucho más cerca de un prototipo moral de claro cuño griego que de un retrato más o menos

¹⁶ *Hisp.* 42.

¹⁷ *Hisp.* 54.

¹⁸ *Hisp.* 54.

¹⁹ Este es el caso del ilergeta Indibil, *Hisp.* 37, que se sublevó a traición contra Escipión pero fue tratado con clemencia después tras ser vencido por aquel; el del segedano Caro que pereció en un contrataque acertado de la caballería romana que guardaba la impedimenta, *Hisp.* 45; los líderes numantinos Ambón y Leucón para recordar un desastre romano a causa de la funesta utilización de los elefantes en el ataque y de una retirada en desorden, *Hisp.* 46; un papel similar cumplen los líderes lusitanos Púnico o César, *Hisp.*, 56; El también lusitano Cauceno enfatiza la gesta llevada a cabo por Mumio, *Hisp.*, 57; el último caudillo lusitano Tautalo, *Hisp.* 75 y el bandido sedetano Tangino, *Hisp.* 77, cumplen también su papel (véase más adelante); la gesta del numantino Retógenes pone de manifiesto la severidad del asedio de Escipión y su rapidez de reacción ante iniciativas desesperadas como esta, *Hisp.* 94.; por último el también numantino Avaro representa la última tentativa de rendición digna de Numancia (véase más adelante), *Hisp.* 95.

fiable de un reyezuelo indígena de la antigua Iberia²⁰. La austeridad, la actividad incesante que concedía escasos momentos al reposo, la falta de codicia que daba lugar a un generoso reparto del botín, la inteligencia táctica y la rapidez de movimientos, siempre patentes en todas las campañas que llevó a cabo, la adhesión inquebrantable de sus tropas y por fin las muestras de moderación en momentos en que la fortuna estaba de su lado, son características que convierten a Viriato en un verdadero modelo de héroe moral que se ajusta en su comportamiento esencial a los parámetros de la sabiduría tradicional helénica²¹. De esta forma su figura se hace todavía más excepcional a la vista del contraste manifiesto con la mezquindad e incapacidad de sus oponentes romanos, que sólo mediante la traición consiguieron derrotar a su adversario. No en vano es esta la única forma en la que determinados personajes de la literatura histórica grecorromana sucumben a las acechanzas de sus enemigos sin que sea el fallo personal o la falta de cálculo en el desempeño de sus acciones el detonante decisivo en su suerte final.

Viriato desempeña ciertamente un papel fundamental dentro del esquema de conjunto de la narración apianeas. A las figuras sobresalientes de Escipión Africano, Catón o Graco - éste último ya en un tono algo menor- le suceden en el curso del relato unos personajes desprovistos de toda connotación heroica digna de ser explotada tanto desde el punto de vista literario como desde el puramente ideológico. Se echa a faltar ciertamente un héroe romano de alguna envergadura que desempeñe el cometido que hasta entonces habían venido jugando los personajes ya citados y que posteriormente ocuparía con pleno derecho la figura de Escipión Emiliano. El relato de las hazañas de Viriato se encuadra precisamente justo en medio de los dos largos pasajes dedicados a narrar las intervenciones de los dos Escipiones, lo que quizá no es mera casualidad o fruto sólo de la secuencia cronológica en el desarrollo de la historia. Parece más bien que es la mediocridad de los generales romanos que se enfrentaron a Viriato y la escasa envergadura de sus hazañas las que fuerzan a trasladar todo el tono heroico de la narración hacia el mundo indígena, configurando de esta forma un héroe a la medida de las necesidades dramáticas de la historia al que se traspasan también los rasgos que conforman la figura del héroe ideal. Todo el episodio consagrado al reyezuelo lusitano mantiene una cierta unidad. Se mencionan al principio sus primeros pasos y se cierra la historia con el relato del asesinato a manos de sus más leales amigos -οἱ πιστότατοι-, que habían sido encima corrompidos por el general romano de turno²². La descripción de sus funerales, con sacrificios, paradas militares y juegos sobre

²⁰ L. A. García Moreno, «Infancia, juventud y primeras aventuras de Viriato, caudillo lusitano» en *Actas del Iº Congreso Peninsular de Historia Antigua* (Santiago de Compostela 1988) 373-382. También J. Lens Tuero, «Viriato, héroe y rey cínico», *Estudios de Filología griega* 2 (1986) 253-272. Para una visión histórica «realista» de Viriato, véase, H.G. Gundel, «Viriato.-Lusitano, caudillo en las luchas contra los Romanos. 147-139 antes de Cristo» *Caesaraugusta* (1968) 175-198.

²¹ Véase al respecto R. Höistad, *Cynic Hero and Cynic King: Studies in the Cynic Conception of Man* (Uppsala 1948).

²² *Hisp.* 74.

la pira parece el colofón adecuado a todo el episodio desde el punto de vista de la configuración dramática de toda la historia. De hecho con el sucesor de Viriato tiene lugar la rendición ante los Romanos y el final de las guerras lusitanas, lo que convierte a éste, al menos desde el punto de vista narrativo, en el último caudillo y verdadera alma de todo este pueblo que solo bajo su mandato había conseguido la entidad necesaria como para figurar dentro de la historia.

Se completa así el ciclo de la guerra lusitana, un episodio al que Apiano había conferido homogeneidad literaria desde el principio. No sólo había insertado su relato en medio de la narración de las guerras celtibéricas a modo de una digresión claramente uniforme, sino que había ido también preparando la aparición del personaje de Viriato en momentos anteriores de la obra, despertando con ello unas expectativas en el lector y creando de este modo un cierto clímax hasta la irrupción definitiva de su protagonista²³. Todo el episodio responde por tanto a necesidades de tipo literario o historiográfico y poco tiene que ver con el genuino interés por el mundo indígena ibérico o con una descripción puntual y veraz de su correspondiente correlato histórico cualquiera que éste fuera²⁴.

Aunque la figura de Viriato es ciertamente excepcional, Apiano refleja en este retrato del reyezuelo lusitano un prototipo ideal que responde a la visión positiva e ingenua del bárbaro que algunas filosofías helenísticas y en general todo el pensamiento utópico helénico habían configurado con mayor o menor fortuna²⁵. Sin embargo algunas de esas características también se aplican a otras figuras de menor entidad, que precisamente aparecen mencionadas por sus nombres en el curso de la narración. Esto podría ser indicativo del arraigo de estas ideas en Apiano y no respondería simplemente al reflejo puntual de la fuente de la que se había servido para el caso de Viriato. No es infrecuente en efecto que a pesar del carácter resumido con que Apiano resuelve la mayoría de los episodios no centrales se destaquen algunos rasgos como el valor en el combate o la dignidad frente a la derrota. En la breve referencia al reyezuelo ilergeta Indíbil se nos dice que afrontó la lucha con nobleza -γενναίως- a pesar de haber sufrido la derrota frente a los Romanos²⁶. En otra escueta alusión al líder de la ciudad celtibera de Segeda, Caro, que pereció en combate, se deja constancia de su valor -ἀριστεύων-²⁷, y al mencionar la figura del numantino Retógenes, a quien se había elegido para el desempeño de una misión especial y arriesgada, se apunta que destacaba entre su pueblo por esta misma virtud -ἀριστος ἐς ἀρετὴν-²⁸. Sin duda la necesidad literaria de valorar al contrario para de esta forma reforzar más la entidad de la victoria lograda está también presente en casi todos estos casos, pero de cualquier modo esta

²³ F. J. Gómez Espelosín, «Appian's Iberike. Aim and Attitudes of a Greek historian of Rome», en *ANRW*, II,34,1 (1993) 403-427.

²⁴ En este respecto véase el artículo de García Moreno citado en n. 19.

²⁵ J. Ferguson, *Utopias of the Classical World* (Londres 1975).

²⁶ *Hisp.* 37.

²⁷ *Hisp.* 45.

²⁸ *Hisp.* 94.

forma de proceder evidencia también la aplicación bien discriminada por parte de Apiano de ciertos esquemas ideológicos a algunos de los personajes de su historia que de este modo parecían realzados en su dimensión heroica y moral.

Incluso a veces las convenciones literarias conducen a forzar todavía más el modelo y a añadir al cuadro de virtudes citado la capacidad oratoria con el fin de que el momento final de un episodio tenga la dignidad y prestancia requeridas. La *Iberike* apenas contiene discursos, pero si existe un momento de especial tensión dramática que requiriera la presencia de ellos éste era sin duda el de la rendición final de Numancia tras su heroica resistencia. Ese es el papel que desempeña el líder numantino Avaro ante Escipión pidiendo a los Romanos la posibilidad de una salida honrosa para un pueblo que había combatido con nobleza hasta esos momentos²⁹. El breve discurso apenas deja dudas sobre su verdadera naturaleza. La dignidad de su tono -ἐσεμνολόγησε-, el equilibrio de sus términos, la misma línea de argumentación y la presencia inequívoca de un concepto tan helénico como el cambio de fortuna -μεταβολή- son todos elementos que dejan bien patente el carácter retórico de dicho discurso, adecuado efectivamente para las exigencias dramáticas que el desarrollo de la historia requería en esos momentos. La inminente rendición de la ciudad ante Escipión tras un prolongado asedio demandaba en efecto un elemento de esas características para que el tono literario de todo el relato se mantuviera a la altura deseada, pero desde una perspectiva más histórica el discurso parece mucho más propio de un miembro instruido de la comunidad grecorromana que de un caudillo indígena de la bárbara Celtiberia. El trágico final de este personaje, Avaro, asesinado por sus propios conciudadanos víctima de la incomprensión por el paso dado y de las sospechas de que había existido cierta connivencia con el Romano, completa de nuevo la factura literaria de todo el episodio, atendiendo sin duda una vez más a las formas y convenciones literarias de la «recreación dramática» que a los prosaicos requisitos de la historia tal y como nosotros la entendemos³⁰.

Esta visión positiva del bárbaro, que por momentos parece aproximarse al mito del buen salvaje, forjado en la literatura utópica desde antiguo, no es ciertamente privativa de Apiano. Dentro de esta concepción el bárbaro aparece como la víctima propiciatoria que, procedente de un mundo diferente en el que reinan condiciones de vida primarias y una cierta ingenuidad en las costumbres y modos de pensar, ha de afrontar en inferioridad de condiciones la perfidia y la crueldad de sus conquistadores más civilizados, surgidos de un contexto en el que el engaño constituye uno de los resortes determinantes en el éxito político³¹. Algunas de estas ideas habían alcanzado una formulación más acabada en las páginas del historiador filósofo de Apamea, Posidonio, quien aunque también se declaraba admirador

²⁹ *Hispania* 95.

³⁰ C. R. Ligota, «This story is not true. Fact and Fiction in Antiquity», *Journal of Warburg Institute* 45 (1982) 1-13.

³¹ P. Walcot, «Odysseus and the Art of Lying», *Ancient Society* 8 (1977) 1-19.

de Roma propugnaba un tratamiento considerado de los vencidos que no menoscaba su dignidad y facilitara su sumisión e integración en el imperio³². Ecos dispersos de esta ideología se han traspasado también a la obra de Apiano, que en más de una ocasión parece mostrar su opinión favorable hacia un comportamiento con los pueblos sometidos bien diferente al que seguían en la práctica algunos generales romanos. En cierta medida se trataba también de salvaguardar una cierta coherencia ya que este tipo de conducta no resultaba muy representativo de las virtudes romanas que habían sido los factores decisivos en el triunfo final de Roma sobre las demás naciones, tal y como el propio Apiano había declarado en el Prólogo a su obra³³.

A medio camino quizá entre la influencia de las ideas posidonianas y la coherencia con los principios que han guiado su obra, Apiano se muestra partidario en ocasiones de un tipo de procedimientos más pacíficos y duraderos que la simple conquista militar. Parece contemplar efectivamente con simpatía el establecimiento de pactos con los indígenas y lamenta de forma sincera su transgresión por parte romana. La severa crítica que le merecen las transgresiones efectuadas por individuos de la clase de Lúculo o Galba confirma sin duda esta impresión. Tanto uno como otro se aprovecharon de la buena fe y credulidad de los indígenas para cometer sus tropelías y pusieron de esta forma en evidencia la fama y el buen nombre de los Romanos³⁴. También cuando alude al sentimiento de añoranza que mostraban los Iberos por figuras como las de los primeros Escipiones o la de Graco -ἐπιπόθητοι- por el respeto que demostraban a los pactos establecidos³⁵, Apiano se está refiriendo de forma crítica a la realidad bien diferente de esos momentos mediante esa alusión significativa. Esta misma actitud crítica se refleja posiblemente también en la denuncia aparente del comportamiento injusto y desmedido de los Romanos en contra de unos indígenas que solo trataban de conseguir la paz en unas condiciones honorables. Más de una vez menciona en efecto el detalle, también ciertamente significativo, de la ausencia completa de motivos para el ataque romano³⁶. No deja tampoco de manifestar su pesar cuando acciones tan reprobables como la matanza indiscriminada y traidora que Lúculo llevó a cabo en la ciudad vaccea de Cauca quedaban sin castigo en Roma y desde luego parece demostrar su satisfacción cuando las ambiciosas expectativas de estos siniestros per-

³² H. Strasburger, «Poseidonios on Problems of the Roman Empire», *JRS* 55 (1965) 40-53 = *ID.*, *Poseidonius über die Römerherrschaft*, en *ID.*, *Studien zum Alten Geschichte*, hg v. W. Schmitthenner und R. Zoepfel, II, (Hildesheim-New York 1982) 920-945. A. Erskine, *The hellenistic Stoa* (Iaca, New York 1990) 192 y ss.

³³ *Praef.*, 11.

³⁴ *Hisp.* 51-55 (Luculo); *Hisp.* 59-60 (Galba).

³⁵ *Hisp.* 17 (los dos Escipiones); *Hisp.* 43 (Graco).

³⁶ *Gall.* 2, réplica de los galos a las amenazas de los Fabii, *χρήζοντες δὲ γῆς οὐπω τὰ Ῥωμαίων πολυπραγμοῦσιν*. *Gall.* 13, (la perfidia de Carbón contra los Teutones); *Hisp.* 51, ataque de Lúculo contra los Vacceos, ...οὔτε Οὐακκαίων Ῥωμαίοις πεπολεμηκότων, οὐδὲ ἐς αὐτὸν τι Λεύκολλον ἀμαρτόνων.

la idea de que actuaban de modo justo. Apiano confirma la realidad de las alegaciones indígenas -καὶ τῷ ὄντι ἦσαν ἀφείμενοι- pero añade a renglón seguido, a manera de justificación de la conducta indígena, la cláusula habitual que los romanos solían adjuntar en sus tratados, que dejaba al criterio oportunista del Senado la validez o confirmación de las prerrogativas concedidas⁴², una circunstancia que sin duda los indígenas ciertamente desconocían.

Esta actitud crítica, ciertamente solapada y encubierta en la mayor parte de los casos, se traduce en alguna ocasión en una aparente simpatía por los vencidos o al menos en un reconocimiento explícito de su valor que va más allá del mero comentario ocasional que permite el hilo de la narración. Podría entenderse como significativa en este sentido la inclusión en su relato de la acción romana contra unos bandidos sedetanos que tras haber sido apresados dieron muerte a aquellos que los habían comprado como esclavos e incluso llegaron a hundir las barcas que los trasladaban a Roma, prefiriendo la muerte ante la perspectiva cierta de la esclavitud⁴³. Apiano no ahorra tampoco elogios a la resistencia heroica de Numancia a pesar del reducido tamaño de la ciudad arevaca y de su escasa capacidad de respuesta frente la superioridad militar romana⁴⁴. Incluso parece resaltar con cierta emoción el amor a la libertad y la exaltación del valor -ἔρωσ ἐλευθερίας καὶ ἀνδραγαθίας- que había demostrado este pequeño pueblo frente a la conquista de Roma, proyectando aquí quizá, a la manera de un resorte emotivo, la simpatía nostálgica por quienes todavía eran capaces de anteponer esta clase de sentimientos tan propiamente helénicos a la sumisión aceptada sin ningún tipo de resistencia. No olvidemos que Apiano había empleado un tono dramático similar, al comienzo de la *Iberike*, en su relato de la conquista de la ciudad de Sagunto, que para Apiano era plenamente griega, ante la agresión esta vez de los Cartagineses⁴⁵.

Quizá en estos casos pasaban por la mente de Apiano, bien fuera de forma inconsciente, los muchos ejemplos de resistencia heroica en pro del mantenimiento de la libertad que llenaban algunas de las páginas más brillantes de la historia griega. No en vano en otras ocasiones Apiano refleja cómo son los propios Romanos quienes se ven obligados a reconocer de forma expresa el valor indígena y demuestra su satisfacción por el comportamiento honroso posterior con los vencidos. La lucha desesperada de la ciudad de Astapa contra los Romanos concluye con la derrota final de los indígenas y el autoexterminio total de la población. Apiano no deja de recalcar cómo los contingentes indígenas fueron más valerosos en el combate -ἄριστα- y sólo el mayor número de efectivos -διὰ τὸ πλῆθος- hizo posible la victoria romana, sin embargo expresa igualmente el noble comportamiento de

⁴² δίδωσι δ' ἡ βουλὴ τὰς τοιάσδε δωρεὰς ἀεὶ προσπιθεῖσα κυρίας ἔσσεσθαι μέχρι ἂν αὐτῇ καὶ τῷ δήμῳ δοκῇ.

⁴³ *Hisp.* 77. Una valoración algo diferente de esta conducta típicamente bárbara en Estrabón, cf. *Van der Vliet*, «L'Ethnographie de Strabon idéologie ou tradition?», en F. Prontera (ed.), *Strabone. Contributi allo studio della personalità e dell'opere* (Pemgia 1984) 61.

⁴⁴ *Hisp.* 97.

⁴⁵ *Hisp.* 12.

Marcio quien τὴν ἀρετὴν τῶν Ἀσταπαίων καταπλαγεῖς οὐκ ἐνύβρισεν ἐς τὰ οἰκόπεδα αὐτῶν⁴⁶. Algo semejante sucede con la ciudad iliria de Segesta cuando Augusto, impresionado igualmente por el valor de los indígenas - ἐπαίνω τῆς ἀρετῆς - , decidió imponerla un castigo más moderado⁴⁷. Apiano reconoce también la importancia vital que para los indígenas tenía el mantenimiento de una cierta dignidad patriótica que se traducía en la conservación de las armas o en la ausencia visible de guarniciones extranjeras. De hecho la exigencia romana de entregar las armas o la presencia de una guarnición en el interior de la ciudad son en el relato de Apiano la causa inmediata de la negativa rotunda a una sumisión que parecía ya aceptada y conducen a la rebelión *in extremis*⁴⁸. El que Apiano atribuya en más de una ocasión esta clase de comportamientos heroicos a la desesperación indígena no merma en modo alguno su valoración, pues reconoce a fin de cuentas el gran valor que los indígenas concedían al disfrute de la libertad y pone de manifiesto el grado de crispación que la propia idea del sometimiento conlleva para todos ellos arrastrándolos en ocasiones hasta las últimas consecuencias⁴⁹.

Sin embargo no todo es positivo o favorable en la imagen del bárbaro en Apiano. La visión negativa, más habitual y propia de la tradición literaria grecorromana, basada en un conocimiento distante y parcial de la mayor parte de estos pueblos y en la que primaban la lógica incomprensión de una cultura superior y el desprecio hacia otras consideradas inferiores, también halla su expresión en el relato de nuestro historiador⁵⁰. Sin menoscabo de lo dicho hasta ahora, a lo largo de toda su obra Apiano comparte la conciencia de superioridad del hombre civilizado frente a un mundo más primitivo y tosco en sus costumbres y demuestra su orgullo de pertenecer a ese estrato cultural superior. Esta actitud se pone de manifiesto al constatar la superioridad militar y táctica de los Romanos sobre los indígenas con la satisfacción propia de un miembro consciente del establishment romano⁵¹. Destaca el ingenio táctico de sus generales ilustres a través del relato de ingeniosas estrategias como la de Catón, que consiguió en un solo día la completa rendición de todas las ciudades del valle del Ebro⁵². El gran talento estratégico de Escipión Emiliano se pone de manifiesto con la pormenorizada descripción del

⁴⁶ *Hisp.* 33.

⁴⁷ *Illyr.* 24.

⁴⁸ Es lo que sucede en la ciudad iliria de Métulo, *Illyr.* 21 o en Segesta, *Illyr.* 23. Algo similar sucede con los celtíberos que habían luchado del lado cartaginés, *Hisp.*, 31.

⁴⁹ Así los de Métulo atacan a los Romanos μετ' ἀποβολῆς (*Illyr.* 21); los de Segesta reaccionan a la vista de la guarnición romana ὁρμῇ μανιώδει (*Illyr.* 23); los celtíberos reaccionan ante la demanda romana de entregar sus armas ἀγανακτισάντων δ' εὐθὺς ὁμοῦ πάντων (*Hisp.* 31); los de Astapa luchaban ἐξ ἀπογνώσεως (*Hisp.* 33).

⁵⁰ A este respecto véase T. J. Haarhoff, *The Stranger at the Gate* (London 1938).

⁵¹ No parece haber dudas sobre la clara conciencia de Apiano de pertenecer de pleno derecho al establishment romano a juzgar por la retórica desplegada en el Prólogo de su obra. E. M. Sandford, «Contrasting views of the Roman Empire», *AJPh* 58 (1937) 437-456.

⁵² *Hisp.* 41. Destaca igualmente la estrategia mediante la cual Emilio Paulo saqueó las setenta ciudades de Gentio en una sola hora, *Illyr.* 9. o la sabiduría de Veto al tomar los pasos para derrotar a los Salasios que habían controlado la región hasta entonces, *Illyr.* 17.

asedio de Numancia. Escipión consiguió levantar un dispositivo de tal envergadura que su simple contemplación causaba una impresión de terror en los sitiados -καταπλεκτική ὄψις»⁵³. Igualmente se destaca la pericia individual de algunos oficiales romanos que supieron salir airosos de circunstancias apuradas, como la acción personal del pretor Flaco en la ciudad vaccea de Palantia cuando yendo en busca de suministros sufrió una emboscada de los indígenas⁵⁴. Flaco logró salvar el convoy y puso en fuga a los enemigos a pesar de que los superaban en número haciendo simplemente que sus hombres prorrumpieran en gritos de júbilo como si el resto de las tropas romanas hubiera tomado ya la ciudad. La colaboración en este caso de la ingenuidad indígena, prestos a caer fácilmente en una artimaña semejante, dice mucho también sobre la valoración que le merecen unos y otros.

También la referencia al modo de combate es significativa. Los bárbaros basan su forma de combate en el arrojo personal, en la carga impetuosa, en el amedrentamiento del contrario por medio de gestos y gritos o de la propia indumentaria sin ningún orden táctico preconcebido⁵⁵. Por el contrario el sistema romano está basado precisamente en la táctica, en el esfuerzo continuado, en la disciplina y el espíritu colectivo, que constituyen los elementos distintivos de los ejércitos romanos⁵⁶. De ahí la repetida insistencia en las nefastas consecuencias para las legiones romanas cuando emprendían persecuciones de los indígenas sin orden táctico alguno -ἀτάκτος, ἀκόσμως-, una característica que era efectivamente más propia y habitual de ellos⁵⁷. Apiano pone así de manifiesto, de nuevo de forma indirecta, esa conciencia de superioridad a través del reproche a una forma de comportamiento militar poco adecuada que propiciaba además los escasos éxitos de los enemigos.

El comportamiento habitual de los bárbaros no se presenta en efecto de forma muy favorable en multitud de ocasiones e incluso en contextos aparentemente propicios a ellos se traslucen los que quizá eran sus verdaderos sentimientos por encima de convenciones literarias, esquemas retóricos o imágenes idealizadas. Así cuando Apiano censura la perfidia realizada por Galba contra los Lusitanos, en su crítica de la actuación del romano alude a la indignidad de este tipo de acción por tratarse de una conducta propia más bien de los bárbaros -μιμούμενος βαρβάρους-, respondiendo a una deslealtad con otra, e insiste en esta misma idea con su calificativo final de acción impropia de un Romano -οὐκ ἀξίως Ῥωμαίων-⁵⁸. Tampoco los indígenas son siempre las víctimas inocentes de la perfidia romana.

⁵³ *Hisp.* 93, unas líneas más adelante se añade ὥστε τὸν κύκλον ὄλον εὐθὺς ἅπασιν εἶναι φοβερῶτατον.

⁵⁴ *Hisp.* 81.

⁵⁵ Así aparece descrito en *Gall.* 1,3; *Gall.*, 8; *Hisp.* 51; *Hisp.* 54; *Hisp.* 67. Esta concepción viene de lejos, así Herod., 8,86; 9,59,2; 9,65.

⁵⁶ *Praef.* 11; *Gall.* 1,3, Ῥωμαῖοι δ' ὑπέμενον ἐν τάξει.

⁵⁷ *Gall.* 9, οἱ δὲ Κελτοὶ ... ἐφευγον ἀτάκτως *Hisp.* 45, ἀτάκτου δὲ τῆς διώξεως (la persecución de Caro).

⁵⁸ *Hisp.* 60.

En muchas ocasiones son los propios indígenas quienes rompen sin escrúpulos los pactos o acuerdos de cualquier tipo llevados del simple oportunismo de la situación. No faltan ciertamente los ejemplos. Apiano destaca la traición de la ciudad de Ilurgia que, tras la muerte del primer Escipión, se pasó a los Cartagineses y les hizo entrega de la guarnición romana a la que habían acogido como si todavía fueran aliados⁵⁹. La mención expresa de la circunstancia de la traición - en secreto, κρύφα- y la justificación de la reacción airada de Escipión en su comportamiento con la ciudad ponen de manifiesto la actitud de Apiano en este sentido. También se recalca cómo el reyezuelo ilergeta Indíbil, a pesar de que había establecido pactos con Escipión, se rebeló aprovechando la circunstancia de un motin de las tropas romanas⁶⁰. Los habitantes de Complega tampoco quedan muy bien parados en el relato. Fingiendo acudir como suplicantes ante Graco, cuando se encontraban cerca del campamento romano se lanzaron al ataque de forma inesperada - ἀδοκίτως»⁶¹. Dicho comportamiento contrasta todavía más con el trato ejemplar concedido a los vencidos por Graco distribuyéndoles tierras y estableciendo tratados precisos con ellos.

La jactancia excesiva, las bravatas, el desprecio injustificado del enemigo constituyen también una norma de conducta habitual en los bárbaros, muchas veces por encima de sus propias posibilidades. Apiano recalca este contraste desigual entre palabras y hechos con motivo de la ciudad de Complega no sin cierta ironía. Concentrados en la ciudad, los indígenas amenazaron de forma contundente a Flaco para que les hiciera entrega de un sagum, un caballo y una espada por cada uno de los muertos habidos en un combate anterior y saliera corriendo de Iberia si no quería sufrir ningún mal. Sin embargo cuando Flaco tras otorgar su aparente acuerdo con estas peticiones siguió a los embajadores y se disponía a atacar la ciudad las amenazas del principio no tuvieron la correspondencia esperada en los hechos a la hora de la verdad y los indígenas huyeron despavoridos ante el escaso eco de sus advertencias⁶². Apiano resalta en efecto con un cierto sarcasmo este manifiesto desfase -ἀνομοίως- entre palabras y hechos. Tampoco le merecen mejor opinión las bravatas de un bárbaro de gran envergadura en la ciudad vaccea de Intercatia, desafiando mediante danzas y gestos despectivos a un combate singular ante la vista impotente de los Romanos⁶³. Apiano recalca efectivamente cómo finalmente el desafío fue aceptado por el joven Escipión y a pesar de que era considerablemente más pequeño, consiguió derrotar de forma clara al ibero. La mayor corpulencia de estas gentes y su forma especial de combatir infundía el miedo en sus enemigos y esta impresión era utilizada a veces conscientemente con la clara intención de intimidar a los romanos, sin embargo la constatación evidente

⁵⁹ *Hisp.* 32.

⁶⁰ *Hisp.* 37.

⁶¹ *Hisp.* 43.

⁶² *Hisp.* 42.

⁶³ *Hisp.* 53.

de la incapacidad y debilidad de sus cuerpos cuando caían prisioneros o la superior ciencia y resistencia de los Romanos -ἐπιστήμη καὶ φερεποιία - compensaban con creces, siempre en opinión de Apiano, dicha supuesta superioridad⁶⁴.

Incluso en aquellos pasajes en los que Apiano parece revelar una cierta simpatía por sus protagonistas bárbaros, como los ya mencionados episodios de Viriato y Numancia, pesan también algunos de los prejuicios habituales hacia el bárbaro presentes en toda la literatura clásica. Casi por norma la desunión y las luchas internas entre las diferentes tribus constituían la característica habitual del mundo bárbaro⁶⁵. La falta de ciudades y de una estructura unitaria de gobierno condicionaba en opinión de Apiano las pobres expectativas de su lucha contra un poder organizado como era Roma. De ahí la cierta sorpresa que Apiano demuestra al constatar la cohesión de las tropas de Viriato a pesar de que se trataba de un ejército compuesto de elementos muy heterogéneos -παμμίγες- que no hacía presagiar un resultado similar⁶⁶. También parece que le sorprende la presencia de unas cualidades tan excepcionales en un personaje bárbaro como Viriato a pesar de la coloración positiva que Apiano da al personaje a lo largo de su relato⁶⁷. Igualmente el comportamiento salvaje de los numantinos contra su líder Avaro tras el fracaso de su intento de rendición honorable ante Escipión lo explica Apiano por la libertad sin trabas y la falta de costumbre a vivir sometidos a cualquier tipo de disposiciones -ἐλευθερία ἄκρατος καὶ ἀθραία ἐπιταγμάτων⁶⁸. Ambos rasgos eran sin duda muy poco aptos de lo que una comunidad civilizada debía ser a los ojos de un griego, que se hallaba además ahora integrado en el imperio romano, y respondían más bien a ese carácter salvaje que definía el comportamiento bárbaro por la falta de instituciones sólidas que dieran estabilidad a su sociedad⁶⁹.

Probablemente la mayor parte de todos estos planteamientos tiene poco de original y debe por contra buena parte de su inspiración a las fuentes de información utilizadas para la confección de su historia. Se ha llegado a afirmar incluso que la validez de Apiano depende exclusivamente de la calidad de estas fuentes, sin duda

⁶⁴ *Gall.* 3, el rey galo Brenno para intimidar a los romanos elige como embajadores οι Κελτῶν ἀπάντων μεγάλων τὰ σώματα ὄντων ὑπερέβαλλον; *Gall.* 8, Camilo los muestra desnudos a los Romanos para disipar sus temores. *Gall.* 1.3, ... διὸ καὶ ὑπὸ τῆς Ῥωμαίων ἐπιστήμης καὶ φερεποιίας ἥσσωντο.

⁶⁵ *Illyr.* 3 (destrucción mutua entre las tribus ilirias); *Illyr.* 22 (descripción de los Peones)

⁶⁶ *Hispan.* 75.

⁶⁷ *Hispan.* 75 ... ἀρχικώτατος μὲν ὡς ἐν βαρβάροις γενόμενος.

⁶⁸ *Hispan.* 95. Un carácter salvaje que se explicaría a partir de las difíciles condiciones naturales del país a las que Apiano alude de forma desconexa a lo largo de la Iberike, aspecto este que constituye uno de los temas más importantes de la etnografía helenística, Dihle, «Zur hellenistischen Ethnographie» en *Grecs et Barbares* (Ginebra 1961) 205-232.

⁶⁹ Un discurso similar pone Apiano en boca de Alejandro cuando se dirige a los macedonios con motivo del motín de Opis, recordándoles que gracias a Filipo pasaron a ser habitantes de las ciudades capaces de «vivir ordenadamente gracias a las buenas leyes y a las buenas costumbres» *Anab.* 7.9.3. En general sobre el aspecto ideológico de la etnología antigua, P. Briant, «Brigandage, dissidence et conquete en Asie achéménide et hellénistique» *DHA* 2 (1976) 163-279. Sobre la relación entre nivel de civilización y desarrollo de las instituciones sociales en Estrabón, E. Ch. L. Van der Vliet, «L'ethnographie de Strabon», esp. 49 y ss.

en una valoración algo extrema que apenas concede a nuestro historiador otro papel que el de simple copista o compilador⁷⁰. Sin embargo, aún reconociendo cierta parquedad en sus dotes creativas y sus numerosas limitaciones, hemos de admitir que Apiano tuviera sus propios criterios a la hora de seleccionar la información de acuerdo con los objetivos que se había trazado en el Prólogo de su obra. En este proceso consciente de selección, realizado con mayor o menor fortuna desde nuestra perspectiva actual, Apiano decidió concentrar su atención en unos episodios y caracteres concretos en detrimento de otros que quedaron marginados o recogidos de forma escueta en su relato. Sin duda reelaboró también algunas partes del material seleccionado concediendo mayor relevancia dramática a unos determinados personajes que quizá no la tenían en el original o recibían un tratamiento diferente. De cualquier modo lo que parece evidente a todas luces es el hecho de que Apiano tenía en este sentido una personalidad propia que se deja adivinar en ciertas actitudes, juicios y valoraciones⁷¹. Su visión del mundo bárbaro constituye por tanto un campo más en el que Apiano ha debido ejercer de forma consciente su criterio selectivo con vistas a unos objetivos concretos. A pesar de las deudas contraídas en el terreno ideológico⁷² y de las escasas novedades que ofrece respecto al esquema general, la imagen del bárbaro en Apiano nos ilustra sobre la forma en que un topos retórico de larga tradición continuaba adaptándose a los objetivos literarios e ideológicos y podía servir al tiempo para dar cauce a ciertas emociones de tipo más personal que, dadas las condiciones restrictivas de su contexto cultural y político, difícilmente habrían podido ser expresadas de otro modo. Su visión del mundo bárbaro refleja probablemente algunas de las contradicciones profundas que anidaban en el alma de Apiano, un griego que como la mayor parte de los intelectuales de su tiempo sentía sin duda una profunda admiración por los logros del imperio y se veía confortablemente instalado en sus dependencias, pero que sin embargo había constatado en su propia persona las dificultades que todavía un griego podía encontrar para alcanzar una elevada posición, posiblemente ante recelos infundados por parte de algunos emperadores. Sólo la tenacidad de su amigo personal el orador Frontón le había servido a la postre para conseguir la dignidad de un puesto importante⁷³. Se sabía del lado de los vencedores frente a un mundo que no comprendía, pero quizá no podía evitar en muchos

⁷⁰ Para una valoración más positiva de Apiano, E. L. Bowie, en P. E. Easterling & B. M. W. Knox (eds.), *The Cambridge History of Classical Literature*, vol. I Part 4, *The Hellenistic Period and the Empire*, 147-149.

⁷¹ B. Goldmann, *Einheitlichkeit und Eigenständigkeit der Historia Romana des Appian* (Hildesheim 1988), F. J. Gómez Espelosín, cf. n.22

⁷² En este terreno hay que contar también con la influencia de la ideología imperial romana, tendente a demostrar la justicia de su supremacía universal, que sin duda compartían todos los intelectuales griegos de este período con una adhesión más o menos entusiasta, cf. E. Gabba, «Storici greci dell'Impero Romano da Augusto ai Severi» *Riv. Stor. It.* 71 (1959) 361-381, esp. 375. Van der Vliet, «L'ethnologie de Strabon...», 82-83.

⁷³ Véase la introducción a mi traducción de Apiano, *Sobre Iberia y Antbal* (Madrid 1993), esp. 21-26.

momentos ver reflejado en él algunas de las actitudes heroicas que habían caracterizado el brillante pasado griego, del que de alguna manera aun desde la perspectiva romana se seguía sintiendo partícipe. Los bárbaros quizá en cierto modo constituyeron para Apiano una válvula de escape para algunas de estas emociones.